

---

# historias argentinas

Martín López Olaciregui

---



**Editorial Biblos**

## Índice

---

Descalzo y a pie (o Las epopeyas españolas en el Río de la Plata) .....	11
De zambras y desabrimientos (o El lenguaje de los protagonistas de nuestra historia) .....	17
El cuadernito (o Las desventuras del doctor Tezanos Pinto) .....	31
Ni tirano sangriento ni patriota insigne (o Rosas y el saladero) .....	45
El coronel López Jordán no entiende lo que pasa (o El enigma de Pavón) .....	61
Que se rompa pero que no se doble (o El suicidio de Alem) .....	93
El mito del mito (o 1964, Operación Retorno) .....	99
Nota .....	126



***Descalzo y a pie  
(Epopeyas españolas en el Río de La Plata)***

---

La grandiosa epopeya española de la conquista y colonización del Nuevo Mundo fue la suma de un sinnúmero de epopeyas parciales. Epopeyas, hazañas, odiseas, proezas, aventuras, prodigios; heroicas, increíbles, monumentales, épicas, extraordinarias, imponentes, imposibles, inimaginables, descomunales. Los sustantivos y los adjetivos de la lengua más rica del mundo no alcanzan para nombrar las gestas inverosímiles de aquellos “gallegos” “bestiales”, a un tiempo subhumanos y sobrehumanos, más cerca de los semidioses que de los simples mortales.

Al principio fue la epopeya inaugural del insigne Almirante de la Mar Océana, aquel genovés loco y genial cuya obstinación cambió la historia del mundo; aquel hombre único que, con coraje inconcebible, se le animó al agua inmensa y sin fin, “que aún estaba poblada de sirenas y de endriagos y de piedras imanes que enloquecen la brújula” (Borges *dixit*). Aquel iluminado que cometió el error más fructífero de la historia: calculó tan mal el trayecto que separaba Europa de las Indias, del Cipango y del Catay, que en su lugar se topó nada menos que con un continente desconocido. Su destino trágico quiso que su tiempo de vida se terminara antes de que pudiera enterarse de la magnitud de su obra, y antes de que pudiera saber que su gloria sería inmortal. Aunque en algo se apiadó de

él, puesto que también le ahorró el disgusto de conocer que la injusticia de los hombres había denominado con el nombre de otro la tierra que él había descubierto.

Después siguieron las grandes epopeyas del astuto Hernán Cortés —que quemó sus naves para no poder echarse atrás— y del cruel Francisco Pizarro, que sometieron a los más poderosos imperios americanos con sólo un puñado de hombres bravos como centauros. Pero hubo más, muchas más hazañas inconcebibles, no menos extraordinarias, que la historia relegó a lugares más oscuros porque sus consecuencias fueron menos relevantes. Muchas de ellas ocurrieron en el Río de la Plata. ¿O acaso fue menor la fabulosa expedición de Alejo García? Aquel naufragio de la malhadada expedición de Juan Díaz de Solís marchó, al frente de sus pocos compañeros y de cientos de indios, en busca del mítico imperio del Rey Blanco y de la Sierra de la Plata. Viajaron por tierra desde la actual costa brasileña —frente a la isla de Santa Catalina (Florianoópolis)— hasta la hoy Bolivia. ¡Y emprendió el regreso! Los indios guaraníes lo mataron poco antes de completar el retorno, impidiéndole redondear su hazaña.

¿Y Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, el Gran Caminante, que no contento con recorrer a pie la Florida por casi una década caminó —junto a doscientos cincuenta hombres y cuatro mujeres— desde el mismo sitio que García hasta Asunción, atravesando, durante cinco meses, más de mil kilómetros de selvas, serranías, pantanos y ríos? Y que después contó: “Yo caminé siempre a pie y descalzo para animar a la gente que no desmayase, porque [...] padecimos grandes y excesivos trabajos”. ¡Descalzo! ¡Hizo esa impensable caminata... descalzo! Todo para que en el “paraíso de Mahoma” lo echaran, por legalista, con grillos en los pies, quizá la única forma de que dejara de caminar.

Entre tanta hazaña no faltaron las anécdotas jocosas. Diego de Rojas comandó la “Gran Entrada” por el norte al hoy territorio argentino: él y sus hombres salieron del Perú, atravesaron los actuales territorios de Salta, Tucumán y Santiago del Estero, cruzaron las sierras cordobesas y llegaron a las fuentes del Río Tercero. Un grupo de cincuenta jinetes, al mando del

joven capitán Francisco de Mendoza, siguió el curso del río hasta llegar al río Paraná, justo al sitio donde Sebastián Caboto había erigido el fuerte Sancti Spiritu, luego destruido por los aborígenes (por primera vez las dos grandes corrientes conquistadoras, la del Atlántico y la del Pacífico, pisaban una misma región del Nuevo Mundo). Entonces apareció un grupo de indios y, para inmensa sorpresa de los recién llegados, que ignoraban que otros españoles ya habían estado allí, uno de ellos les habló en castellano: “¡Ah, compañero!”. Mendoza le inquirió: “¿Qué dices, hermano?”. La inesperada respuesta fue ruidosamente festejada por españoles e indios: “Zahóndate las migas en el agujero”.

Pero no todo era cosa de hombres. Las cuatro corajudas damas que acompañaron a Álvaro Núñez quedan como remilgadas “niñas bien” de Barrio Norte al lado de doña Mencia Calderón de Sanabria, la viuda del adelantado y futura abuela de Hernandarias y del obispo Trejo. Doña Mencia, sus hijas y otras cincuenta mujeres fueron enviadas a Asunción con la misión de castigar con cristianos matrimonios la felicidad de los relajados habitantes del “paraíso de Mahoma” que compensaban las penurias pasadas con los dulces placeres que les prodigaban sus harenes de dóciles y generosas mujeres guaraníes. ¡Qué viaje el de doña Mencia y sus mujeres! Se perdieron en alta mar, fueron atacadas por piratas franceses en las costas de África, naufragaron frente a Santa Catalina, pasaron un año en la costa brasileña. Y desde allí repitieron el periplo de Álvaro Núñez: se fueron caminando hasta Asunción, adonde arribaron sólo una docena de ellas, ¡cinco años después de haber zarpado de España!

¿Qué decir, finalmente, del empecinado Pedro Sarmiento de Gamboa, que entregó buena parte de sus años en la obsesiva empresa de colonizar las costas del estrecho de Magallanes? Este otro Sarmiento de nuestra historia que realizó dos viajes desde España al estrecho, plagados de desventuras y contratiempos, y que lejos de arredrarse le escribió al rey: “Quedamos sin pellejo, pero no desnudos de coraje”. Este obstinado Sarmiento que luego de varios intentos infructuosos entre terribles vendavales y tormentas logró desembarcar en Tierra del Fuego,